



En estas razas y pláticas se les pasó todo aquel día



CAPÍTULO LXVII.

De la resolución que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que había de hacer en su forzosa retirada.

Llegó Sancho, y alabó la liberal condición del lacayo Tosilos. —¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía, oh Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran, respondió Sancho, los que yo tenía, tales que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mi señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quiso me bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldijome, vituperóme, quejose á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comida de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos:

si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

—Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconoció Don Quijote, y dijo á Sancho:

—Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar é imitar á la pastoril Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitación, si es que á ti te parece bien, querría, oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoril ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijótiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos.

Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos.

—Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la han de haber aún visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote y, podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoril gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascón: el

barbero Nicolás se podrá llamar Nicoluso, como ya el antiguo Boscán, se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podemos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de frastigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su ¡ahua.

—Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¿Qué de chumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de música resuena la de los albugues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastoriles.

—¿Qué son albugues? preguntó Sancho, que ni los he oído nombrar ni los he visto en toda mi vida.

—Albugues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un són, sino muy agradable ni armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín: y este nombre "albugues" es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en "al:" conviene á saber, "almohaza," "almorzar, alhombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía" y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en "i," y son "borcegui," zaquizamí" y "maravedí:" "alhelí" y "alfaqú," tanto por el "al" primero, como por el "i" en que acaban son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albugues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco.

Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga también maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los más barberos son guitarristas y copleros.

Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado;

el pastor Carrascón de desdenado, y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así andará la cosa que no haya más que desear. A lo que respondió Sancho:

—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo que no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea.

—Oh qué pulidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¿Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso.

Sanhica, mi hija, nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarla! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastoriles chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quisbra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho, basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado que no seas pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto: y castigame mi madre, y yo trompójelas.

—Páreceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sartén á la caldera, quitate allá, ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémoslos desto, y pues ya viene la noche, retirémos del camino real algún trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrecheces de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.



CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

ERA la noche algo obscura, puesto que la luna estaba en el cielo, y en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto.

De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los de del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoril que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás el pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—Oh alma endurecida! Oh escudero sin piedad! Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacer! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propinexas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo "post tenebras spero lucem."

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los huma-

nos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ayunta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto.

Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces sino con quien paces.

—¡Ah pesia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entrán los míos y los suyos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes.

En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía.

Levantóse en pie Don Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado Don Quijote.

De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía.

Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no sólo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: